

GATARIA

Una historia de campus

Pablo Ortega

Me saludó una antigua alumna, que qué contenta estaba de verme y cuánto recordaba mi insistencia en la correcta pronunciación de los fonemas vocálicos. Sí, yo también tenía buenos recuerdos de aquella época, de ella y de sus amigas, de Susana, ¿era Susana?, la que se sentaba al fondo. No, al parecer no había ninguna Susana en su promoción, pero sí una tal Ana que, según me dijo, se enojaba cada vez que yo le preguntaba. Mientras buscaba en la memoria el nombre de aquella chica, cuyo rostro recordaba nítidamente, me llamó la atención el desdén de su compañera. Se había quedado a un metro de nosotros, manifestando a través de esa pequeña distancia que nuestra conversación le era indiferente, que contemplaba aquel humilde episodio de rutina humana con el mismo interés que una vivisectora en la disección de un ser vivo —“¿qué le pasará por la cabeza?”, me pregunté—. Bueno, hay personas que se emboban con facilidad, hasta con mirar cómo cambian las luces del semáforo; suelo decir que son de naturaleza melancólica y que no ven lo que miran, sino lo que sueñan. Por eso no le di mayor importancia, porque me pareció una de esas muchachas fantasiosas cuya mente vagaba en aquel momento por entre campos de amapolas. Salvo por sus ojos, hermosos y almendrados, y el par de gatos que maullaban quedamente a sus pies, me habría pasado por completo desapercibida. “Vaya con los gatos”, pensé, recordando con disgusto a un par de administrativas sesentonas que, para paliar su soledad, los alimentaban a espaldas de nuestro edificio; “al final acabarán invadiéndolo todo”, me lamenté.

Lo habían encontrado de madrugada, dos guardias jurados, con la espalda pegada a una pared y la piel pegajosa, en algunas partes hasta viscosa, más una abundancia de pequeñas heridas en los tobillos y las muñecas. No le sacaban nada en claro. Un muchacho delgado, bajito, vestido a lo contracultural, calzado con chancas. Movía las manos, como tratando de apartar sus alucinaciones, sin dejar de gritar: “me están lamiendo, me están lamiendo”. Los guardias jurados pidieron instrucciones por el walkie, que qué hacemos con un tío que se ha pasado con las pastillas, sí, vale, en unos diez minutos. Fueron quince. Cuando llegó el Samur, la enfermera hizo preguntas que no supieron responderle, lo hemos encontrado aquí hace unos cuarenta minutos, no contesta, da manotazos y dice que lo están lamiendo. Según contaba la crónica, el médico lo exploró y, no hallándole nada de importancia salvo la monomanía de los lametones, lo envió al hospital general. En ese punto fue cuando yo exclamé, coño, Rodríguez Shepherd, que así se llamaba el muchacho contracultural, quien, además de querer cambiar el mundo vistiéndose con harapos, estaba matriculado en mis prácticas del jueves.

La facultad de Económicas es una de las cosas que más me pasma en este mundo. Quien la concibió merece el laurel o la prisión, tal vez más lo segundo. A mí me recuerda el laberinto del Minotauro, todo el santo día dando vueltas para no toparse con la bestia. En cierta ocasión, le pregunté a una conserje que bostezaba en su burbuja de indolencia

si me podía indicar cuál era el despacho de un profesor amigo, y me miró como si un emisario del mal hubiera acudido expresamente desde el averno para robar la joya de su alma. “Creo que es por ahí”, señaló hacia un pasillo, y como le hice ver que el verbo elegido no inspiraba confianza, añadiendo que temía perderme en aquel dédalo y pasar dos lustros vagando sin encontrar la salida ni recordar mi propio nombre, apostillé con lo que me pareció un deje de irritación que preguntara en la primera planta. Yo no me aventuro solo por aquel edificio, no soy tan insensato, así que volví a mi despacho y envié un correo a mi amigo, quien salió a esperarme al rellano. Ahora ya sé llegar hasta su puerta, donde de vez en cuando acudo a conversar de cosas inanes que a los dos nos hacen gracia o nos llaman la atención. Precisamente él me contó que el campus se estaba convirtiendo en una versión minúscula de Australia; es decir, un lugar donde la fauna revienta el equilibrio calcificado por los milenios para dar acomodo al capricho humano. Me habló de miles de animales domésticos liberados en el recinto universitario por familias convencidas de que la mascota comprada apenas dos meses antes merece la oportunidad de vivir en libertad. En realidad, han caído en la cuenta de que no les hace ninguna gracia limpiar las cagadas del animalito. Hay un bosquecito de pinos, de esos pinos enjutos que abundan en el levante español, al que acuden las familias los fines de semana, el papá se acucilla junto al pequeño, la mamá se inclina, los dos hablan al mismo tiempo, es por su propio bien, yonatan, aquí va a encontrar amiguitos, yonatan, seguro que va a ser más feliz que en casa, hasta tendrá sus propios hijitos, igual que la mamá y yo te tenemos a ti y a débora. Lo sueltan, yonatan llora, el bichito se aleja, yonatan llora más, quiere saber quién le dará de comer. La mamá exclama uy, pero si en la universidad hay un montón de jóvenes que les tiran miguitas de sus bocadillos. “Fíjate en aquella”, señala el padre a una muchacha joven —es ella— tras la que caminan una veintena de gatos, “la siguen porque los alimenta”. Esta escena tan entrañable se repite con tanta frecuencia que los patos producen montañas de guano, las tortugas domésticas apenas caben en el estanque y los gatos se jaman cualquier pájaro que no les exceda en tamaño.

—Oye —le pregunto a mi amigo—, ¿no habrá caimanes?

Después de que alguien me revelara que por encima del campus pasaba la ruta de migración de muchas aves, me he aficionado a contemplar su vuelo desde un banco en una zona poco transitada. Cuando se acerca el crepúsculo, el lienzo del horizonte se pinta de vivísimos colores, rosas, rojos, violetas, sobre un fondo azul que se oscurece paulatinamente. Se les ve batir las alas con un ritmo cansino, pon, pon, pon, pon, me parece oír el latido de sus corazones, que se afanan por alcanzar África en otoño y Suecia en primavera. Admiro sus vientres plumosos, la tenacidad con que estiran sus cuellos para que el aire resbale livianamente, sin queja, casi acariciando sus cuerpos. No soy ornitólogo, pero he aprendido a distinguir los patos, cuyo plumaje es oscuro, de otras aves mayores que pudieran ser gansos. Prefiero a estos últimos, porque en su vuelo dibujan una punta de flecha en la que yo veo una alegoría de nuestro combate vital. Hay en la formación una tensión constante entre el orden y el desorden, pues cuanto más aerodinámica sea aquella, menor esfuerzo exigirá el viaje. De modo que el instinto les aconseja alinearse y afilar la flecha, que el individuo se supedite a la bandada; mas la perfección de la geometría es inalcanzable: siempre hay un ganso que rompe el orden y deshace la figura. En torno a esa pugna se podría construir toda una filosofía. De hecho,

me pasaría las horas muertas allí si no fuera por los gatos, que no cesan de incomodarme. Cada vez son más atrevidos. Se acercan a olfatearme los zapatos y temo que, un día de estos, se atrevan a mordirme.

Vi a Rodríguez Shepherd vestido como un menesteroso en la práctica del jueves. Sinceramente, lo había dado por perdido tras el incidente aparecido en la prensa. Lo observé con detenimiento mientras proponía los ejercicios y supervisaba su ejecución. Chico, estaba hecho una pena, pálido, demacrado. Se diría que su físico había acabado por acomodarse a la estética mugrienta de sus ropajes. No movió un dedo en las dos horas de clase, las cuales se pasó contemplando un punto imaginario del espacio. Que qué te pasa, le pregunté al final, confieso que con la esperanza de escuchar su versión sobre la truculenta historia de la prensa. Habló de cosas inconexas, sobre todo de Paula, que se había enamorado de Paula, que él había sido un buen estudiante hasta entonces, pero que ahora no se aclaraba, no podía concentrarse porque ella era muy fría, distante, no te decía que no, pero sospechabas que era un no rotundo. Bueno, uno nunca sabe dónde culminarán las reflexiones de un joven enamorado, así que le pregunté directamente, pero algo te pasó, no, lo leí en el periódico, que estabas de madrugada por el campus muy impresionado —qué les parece el eufemismo—, y vino el Samur. Es todo lo mismo, es todo lo mismo, protestó y con paso vacilante se marchó sin dar más explicaciones.

Por la ventana de mi despacho veo uno de los estanques conquistado por los patos domésticos. Digo conquistado porque, según me explicó mi amigo de Económicas, algún corazón ecologista quiso que las aves migratorias tuvieran un lugar donde descansar en mitad de su ruta. Por tal motivo se construyeron los estanques, para que aquellas criaturas silvestres no hubieran de parar en la finca de algún cacique con afición a la caza. Pero las ideas hermosas rara vez germinan y dan frutos prácticos; es más común que, en su desarrollo, se alejen progresivamente del bien por culpa de alguna imprevisión. Al final, las buenas intenciones se quedan en nada: igual se van al traste las revoluciones que los planes medioambientales. Veo la hilera disforme de excrementos que festonea el borde del estanque, el bamboleo de unos cuantos patos obesos, hartos de pan y queso; qué extraña convivencia, la de humanos y animales, en el seno de esta institución abierta. Tal vez alguien soñó que solo la aristocracia del reino animal tendría acceso al campus, que entre la fronda de los árboles alineados se oirían piares exóticos, que surgiría de entre nosotros un Audubon cuyos dibujos de raras aves, muchas de ellas nunca antes avistadas, despertarían la admiración del mundo. Y todo para acabar siendo un hospicio, pienso, cuando observo a dos gatos que arremeten contra un pato gordo y somnoliento, gritos espeluznantes, revuelo de plumas, el pato aletea y resiste. Pero su estirpe no nació para dominar: los suyos se adentran en el estanque mientras que los asaltantes han recibido refuerzos, cuatro más, o seis, no estoy seguro. Nuevamente es el orden contra el desorden: los gatos imponen la quietud de la muerte, que a su vez alimenta la vida. El pato está ya convirtiéndose en parte de sus asesinos.

Qué curioso, una tarde encontré a Rodríguez Shepherd haciéndole la corte a su amada, quien resultó ser la misma chica soñadora que acompañaba a mi antigua alumna. Les saludé, lo cual dejó al muchacho bastante confuso por la dificultad de conciliar el mundo académico con el afectivo. Ella no abrió la boca. Al igual que la vez anterior, se limitó a mirarme como si estuviéramos separados por una distancia interplanetaria. Shepherd se

disculpaba torpemente por sus muchas ausencias mientras yo le quitaba hierro al asunto. La verdad es que estaba hecho una verdadera piltrafa, a su palidez habitual añadía ahora dos medias lunas oscuras bajo los ojos, como si llevara semanas sin dormir. Todo ello combinado con el desaliño de su atuendo. La muchacha, sin embargo, resplandecía. Recordaba vagamente sus ojos almendrados, pero al verla más de cerca comprendí por qué había cautivado a mi desdichado alumno. Cuando le deseé a Shepherd que se restableciera pronto, reaccionó airadamente, como si lo hubiera ofendido, afirmando que él estaba muy bien, mejor que nunca, que se lo preguntara a Paula si no. No me atreví, además no era cosa mía. Un soberbio gato atigrado, un verdadero macho alfa, estaba sentado sobre sus cuartos traseros junto a los pies de la muchacha, quien rozaba con la yema de sus dedos la cabeza felina. Me alejé preguntándome si la tal Paula compartiría con las administrativas sesentonas el gusto por alimentar a aquellas bestias descontroladas. Me habría gustado que esas almas pías hubieran contemplado, como yo, la caza del pato doméstico.

No hace mucho me comentaron que, cuando llega la noche, ya nadie quiere caminar a solas por el campus. Hasta los guardias de seguridad se abroquelan en ciertas dependencias acristaladas desde las que se aprecian millares de ojos que reflejan la luz de las farolas. Dicen que grupos de gatos hambrientos deambulan en busca de cualquier cosa comestible. En el mundo de los gatos solo hay cosas de gatos: no hay hombres ni mujeres, no hay patos ni tortugas, no hay garrapatas ni pulgas. Solo cosas de gatos: cosas que se pueden o no se pueden comer, cosas que te sorben la sangre o te patean si estás descuidado, cosas que se mueven a gran velocidad y aplastan a muchos congéneres. La cofradía de los gatos adora las cosas comestibles y aborrece lo amenazante. El *umwelt* o mundo interno de los gatos es un túnel que conduce al combate contra las garrapatas y los humanos, aquellas tan fastidiosas como estos peligrosos. Dice Rodríguez Shepherd que esa noche, la biblioteca abierta veinticuatro horas, creyó, entendió, supuso que Paula lo vería. Ella no dijo nada, Paula apenas habla, pero él se lo sugirió y ella guardó silencio. Serían las tres, puede que las cuatro. Desde el porche de la biblioteca le pareció entrever la silueta de una muchacha junto a la esquina. ¿Sería ella?, pero cómo adivinarlo si a cada paso que él daba, ella se alejaba dos. Se le antojó que la persecución tenía algo de juego erótico y, con ese acicate, acabó entre los pinos escuálidos que rodean el estanque mayor. Estaba seguro de que la oía, un crepitar de pisadas, un jadeo apagado, la intuía, la deseaba. De repente, un gato famélico se acarició el costado contra la pernera de su pantalón. “Coño, qué susto”, exclamó al tiempo que le propinaba una patada memorable. Volaba aún el bichejo cuando se vio acometido y derribado por una maraña de animales, él dice que gatos, montones de ellos, no veía nada, se protegía el rostro con los brazos. Qué te hacían, le pregunté. Sobre todo, lamerme, muchas lenguas gatunas, ásperas, pegajosas, chupándome, chupándome la ropa, las partes de mi cuerpo que quedaban expuestas con los movimientos, la barriga, las espinillas, la zona lumbar, muchas lenguas felinas buscando los recovecos, el interior del oído, la nuca, las fosas nasales hasta asfixiarme, los párpados cerrados para proteger los ojos. Cuando sentí algunos bocados en los tobillos y en las muñecas, pensé que me iban a matar. Entonces se oyó la imitación de un maullido, una voz humana con poder sobre aquella chusma animal, y la maraña se deshizo. Me quedé acurrucado en posición fetal, esperando un nuevo ataque, no sé cuánto tiempo, hasta que me incorporé. El olor acre de la saliva me hizo vomitar. Era inaguantable. Ya no recuerdo más.

Hoy he visto a Shepherd otra vez, le he echado el brazo por el cuello y le he susurrado, Shepherd, esa amada tuya, esa Paula, esa muchacha con rasgos felinos maneja los hilos de este asunto. Párate a pensarlo. Poco a poco todo va cobrando forma, ella y sus gatos, cuántas otras víctimas habrán sufrido el nauseabundo ataque de los lametazos. Shepherd asiente, seguramente más por despecho que por convencimiento, pues es verdad, nunca la he visto sin que estuviera rodeada de gatos, pues tienes razón. Y cómo he estado tan tonto, así que la hermosa Paula es una diosa gatuna. Hablemos con el rector, con el defensor del alumno, con los sindicatos, clama Shepherd espoleado por su parte contracultural. Cautela, mi amigo, cautela, la cosa aún está por demostrar, le prevengo. Hace falta dedicarle tiempo, añadido. Observémosla. En realidad, estoy pensando en la bonita estampa: el demacrado Shepherd y yo explicándole al rector que una sílfide adolescente reina sobre los gatos del campus.

